





LA SOCIEDAD DE LOS  
ELEGIDOS  
RÍO DE ALMAS



Tania Almeida

LA SOCIEDAD DE LOS  
ELEGIDOS  
RÍO DE ALMAS



Primera edición: mayo de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Tania Almeida

ISBN: 978-84-19340-50-4

ISBN digital: 978-84-19340-51-1

Depósito legal:

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todos los soñadores.*  
*A todos los lectores*  
*A todos los cuentacuentos*  
*A mi familia*



*De las sombras de la ignorancia voy surgiendo,  
me dirijo hacia el sol del conocimiento  
Camino a lo desconocido  
me atropellan historias pasadas de una mente dañada  
Mi corazón se retuerce bajo los descubrimientos  
de una vida que hicieron prisionera.  
Un futuro oculto por cobardía, plagado de intenciones insondables  
que me llenaron de soledad y rebeldía  
Aquella constante extrañeza que fue mi compañera  
y que en el espejo de los otros me convirtió en rareza,  
no es más que mi espíritu atrapado en un mundo equivocado.*

SOFÍA



## PARTE UNO



## EL INFINITO QUE SOMOS

Pensé que quedamos atrapadas en el más allá.

La luz no se hacía presente y el pánico se apoderó de mí impidiendo que mueva los brazos o respire profundo; me aplasta la desesperación y el pesimismo. La última imagen captada por mis pupilas se repite una y otra y otra vez en el dañado mecanismo de mi cabeza: Paola, Alonzo y sus secuaces que con una decisión amenazadora se dirigen a mis amigos; la señora D'Angelo que me dio la impresión perdió el conocimiento; Laura marcada por la sorpresa de que su padre está vivo. Giselle, mi queridísima amiga, retenida por Robert al querer evitar que yo la deje, no preocupada por su seguridad, sino desesperada por la mía. Y Guido, él se interpuso entre la muerte y yo.

Mi corazón se agita desconsolado al suponer lo peor.

Con los nervios a flor de piel abandono mi estupor para sumergirme en el improbable y mágico evento que se desarrolla frente a nosotras.

Del medio del lugar en el que emergemos (la reina Elly, la señora Alessandra y yo), una vela roja se enciende, una llama voraz que alcanza tal vez el metro de altura ilumina de forma espectral el contorno de mis acompañantes. El frío del ambiente se cuele por debajo de la ropa y se pega a mis huesos que crujen como lo haría una maquinaria oxidada.

Está oscuro. Susurros a nuestras espaldas crean una telaraña de hilos plateados brillantes y vibrantes, que trepan por las paredes y

recorren el piso exponiendo el dibujo de un pentágulo; la vela está en el centro.

Las voces se escuchan más cercanas. Es que un círculo de hombres y mujeres de púrpura delimitan nuestro espacio, entre sus manos se distingue una tira de seda blanca, donde en una de sus puntas sobresalen dos plumas; algunas de un azul intenso, otras rojas, violentas, naranjas, amarillas. Varias cuentas de cuarzo de diferentes colores la recorren. En el extremo inferior de la cinta, cuelga un pentágulo de plata.

Los dedos de los magos y hechiceras van de un cuarzo al otro mientras murmuran: *Translation et Paradisium Scondito, Translation et Paradisium Scondito, Translation et Paradisium Scondito*. Yo cierro los ojos al sentir mi cuerpo impregnado de terror, puro e intenso terror.

Alguien me toma por los hombros, estos se sacuden por la sorpresa. Sobresaltada fijo la mirada en las manos, luego en la cara de, ¿quién?: la reina Elly, con los ojos que bailan dentro de sus cuencas, balanceándose hacia atrás y hacia delante, tal como lo hace el grupo de magos, me ubica en la punta superior del pentágulo.

La señora Alessandra se aproxima con pasos apresurados y con una daga plateada en una mano y un collar de cuentas de cinta violeta y diamantes en la otra, se detiene a mi costado derecho. Coge mi brazo, lo estira por sobre el dibujo del pentágulo, este queda centrado en el triángulo superior y...

—La claridad interior de las áltiers es la sustancia que abre mundos, que sella mundos —escucho que dice la señora Alessandra, sin inflexión en la voz, sin despegar la mirada de la daga.

Y como si todo pasara en el mismo segundo al querer evitar que reaccione, levanta la daga que emite un fugaz destello a la luz de la vela y a continuación la baja en dirección a mi antebrazo, exactamente encima de la muñeca, y corta mi piel para dejar surgir la sangre escarlata.

Aunque no es solo sangre, me digo. Es ese líquido claro que el doctor Soto no supo explicar. Es la llave que abre y sella mundos.

—Esto es para ti. Te han esperado por mucho, mucho tiempo —declara la reina Elly, toma la daga y el collar de cuentas que le extiende la señora Alessandra.

Alguien del grupo de magos le pasa un bolso tan pequeño como una cartuchera.

Los examino a la distancia; la daga está hecha de plata con grabados que no reconozco. El bolsito está confeccionado con tela roja de algodón, además tiene una correa del mismo color.

Ella guarda la daga dentro del bolso que cruza sobre mi pecho. Deposita el collar de cuentas en mi mano izquierda.

Las cuentas brillan, sus bordes son filosos.

—Están sin uso. Ya las limarás —asegura la reina Elly.

Permanezco con el brazo estirado mientras mi sangre se desliza hacia el suelo. No siento dolor, sí un calor que delimita el pedazo de piel agredida. Me asombra descubrir que no se trata de una línea recta, sino del símbolo del infinito grabado en mi piel, del que resbalan copiosas gotas de sangre que caen dentro de una ranura que no vi antes. Esta la transporta hasta la vela roja del centro que pareciera absorber la sangre que, ante toda imposibilidad, sube por sus lados hasta la llama, que adquiere un color naranja intenso, que chispea de forma un tanto amedrentadora, que al fin desprende tres pequeñas bolas de fuego naranja que caen sobre los vértices superiores del pentáculo: una frente a mí, otra frente a la señora Alessandra y la última frente a la reina Elly.

Mientras todo esto sucede, el grupo sigue de manera incansable recitando: Translation et Paradisium Scondito, Translation et Paradisium Scondito...

Desde mi derecha la voz grave de la señora Alessandra llena el cavernoso lugar. Ahora lo sé, estamos en los túneles de las áltiers.

—Llévanos a Paraíso Escondido, Energía Divina y Universal. Volvemos a ti desde la esencia más pura y gratificante. Nuestras almas te pertenecen, tú nos perteneces. Con tu consentimiento llévanos a través de tu gracia a la dimensión de pureza para reaparecer con la forma elegida, de acuerdo a nuestro fin espiritual en

el lugar deseado: ¡Paradisium Scondito! Hermanos y hermanas... —la señora Alessandra pasea los ojos sobre todos los reunidos, sin embargo se interrumpe, no se sobresalta o sorprende cuando una cuarta bola de fuego naranja se desprende de la chispeante llama y cae en otra punta del pentáculo. Me doy cuenta de que se trata de algo esperado.

El interior de ese triángulo adquiere un color gris perlado que se mece como si fuera la marea de algún océano. De forma gradual desacelera su movimiento y lo veo solidificarse segundo a segundo hasta transformarse en un espejo. Una forma humana se dibuja, es una mujer. El espejo refleja..., refleja... ¡a Gabriela! Ella da un paso, abandona el triángulo trasladándose así a nuestra realidad y se para frente a ese cuarto extremo del pentáculo, el que se encuentra al lado de la reina Elly.

Caigo en la cuenta de que es la manera en la que Gabriela se desplaza desde donde habita su espíritu, hasta el siguiente punto elegido. Me entristece comprobar tal cosa; es que eso significa que por algún motivo está prisionera.

Gabriela me sonríe de forma tierna.

—Daré fuerza al encantamiento si me lo permites, Sofi —habla, casi ruega Gabriela con sus almendrados ojos fijos en mí.

—¿Nos acompañarás? —deseo saber.

—No. Daré fuerza al encantamiento —aclara.

—Hermanos y hermanas —reaviva su voz la señora Alessandra—. Elevemos nuestro infinito —pide.

¿Qué? ¿Levanto el antebrazo cortado? ¿Ellos también lo tienen?, me pregunto.

Cuando sin mucha convicción, empiezo a levantar el brazo, distingo a todos los presentes, tanto los que se encuentran en el pentáculo como los magos y hechiceras que nos rodean, elevar los collares de cuentas tomándolos con la mano izquierda por las plumas. Enseguida con la mano derecha cogen el pentáculo de plata pasándolo por detrás y enganchándolo a las plumas para formar la figura del infinito.

Este es mi infinito, me digo y miro el collar de cuentas.

Con la mayor gracia posible imito los gestos que vi realizar al grupo de magos que ahora me observa. Soy la única que no ha formado aún su infinito.

La mano izquierda elevada con el collar cogido por las plumas; la mano derecha que aprisiona con el dedo índice y el pulgar el pentáculo de plata. Ahora subir el pentáculo y unir por detrás con las plumas. Lo hice. Suspiro, dejo escapar el aire atrapado a causa del nerviosismo.

Al comprobar que también yo me encuentro preparada, suben el círculo inferior de cada infinito hasta la frente, mientras que el superior queda sobre la cabeza. Me apresuro a posicionar mi infinito.

—Desde la oscuridad que todo lo sabe, que todo lo contiene, pasamos a la luz eterna de la energía que nos regala la trascendencia guiada. ¡Translation et Paradisium Scondito! —grita la reina Elly.

Todos la imitan: ¡Translation et Paradisium Scondito!

Yo lo hago instantes después y debido a ello mi voz se escucha sola y chillona.

Como la reina Elly lo pidió, la oscuridad es sustituida por la luz, cada rincón de la habitación se ilumina con una blancura que lastima los ojos, por eso todos los presentes los cierran. No obstante, yo intento mantenerlos abiertos porque lo que sucede es sencillamente espectacular.

Las personas no son más personas, sino una superposición de rombos luminosos con bordes difusos que dirigen su energía blanca hacia el techo del túnel, donde forman el símbolo del infinito que coincide en el punto donde se cruzan las líneas, con el centro del triángulo interior del pentáculo, donde está la vela. Una línea de luz azul índigo (¡sí, azul índigo!), surge del punto de unión reemplazando así a la llama naranja.

Mi esfuerzo por mantener por más tiempo los ojos abiertos es inútil. La intensidad lastima. Los cierro. Ocurre algo aún más

maravilloso. Mi ser se llena de música de violines, la luz exterior se refleja dentro y crea tonalidades desconocidas tanto del rojo de mi sangre, del marfil de mis huesos, del azul del agua, del amarillo...

... me late la cabeza...

Siento como mi espíritu se libera de mi carne al escapar por los ojos, a mi carne desintegrarse y seguir a mi espíritu.

Finalmente, escucho su risa; la risa de Guido.

El bosque es espeso, denso. Los árboles altos y finos que pareciera quieren alcanzar el cielo se mecen bajo la brisa que también agita mis cabellos; son pinos centenarios. El aroma a la naturaleza es exquisito. El olor a césped mojado, a flores silvestres, a hojas, a animales salvajes me envuelve. Todo está presente. Todo me llega con la brisa. El sol del atardecer se oculta bajo una montaña lejana, sus últimos rayos son intensamente rojos y crean un arcoíris que brilla con ondas que lo recorren.

Nunca vi algo así.

Solo se puede tratar de magia.

—De cierta forma lo es. Estamos dentro del tapiz, es decir, todo es mágico aquí y a la vez nada lo es porque solo forma parte de este mundo. Cada mundo cuenta con una realidad diferente que al extraño mágico le puede parecer. Esos colores son los rayos del sol sobre las piedras preciosas que has visto por fuera del tapiz. Ya sabes, la vez que estuvieron en los túneles con Laura —dice la señora Alessandra a mi costado con esa forma tan peculiar que tiene de hablar.

—Pero, ¿dónde están las piedras preciosas? —investigo los árboles con la mirada al recordar las esmeraldas que formaban sus hojas. También busco los diamantes y hasta doy otra mirada al sol al que recuerdo en lo alto del tapiz como un topacio gigante.

—Por todos lados —la señora Alessandra abre los brazos al querer abarcar el bosque entero.

—El mundo es nuestro bien máspreciado. Nuestra joya invaluable —agrega la reina Elly.

No respondo. Sin embargo, creo entender a qué se refiere.

—Aunque también verás las piedras que del otro lado del tapiz tienen como preciosas —termina de decir la reina Elly.

Unos metros más al frente hay rocas apiladas de forma bastante irregular pero estable. Hay flores de diferentes colores esparcidas sobre la roca plana puesta arriba. Del medio de las flores se eleva en espiral humo de color blanco, muy blanco.

Suelto una exhalación de placer al comprobar que el humo no es solo gas visible, sino que toma forma de pequeñas mariposas que revolotean hacia el cielo, al tiempo que el roce de sus alas blancas produce un chispazo radiante y libera olor a jazmín. También un cofre de madera rectangular, diría yo de olivo por el color claro de la madera y las vetas oscuras, está apoyado en la piedra. Pareciera que figuras de mujeres repujadas en hierro en diferentes poses lo rodean desde la base hasta más arriba de la mitad del cofre.

Quiero arrimarme al altar para comprobarlo, solo que no soy capaz de despegar los pies del suelo.

¿O debería decir charco?

Me encuentro sobre agua. Literalmente arriba, no dentro, de un charco de agua limpia.

La reina Elly y la señora Alessandra ríen de mi sorpresa.

—Es una medida de seguridad. La guardiana fue en busca de las demás, cuando vuelva, nos permitirá abandonar el agua —dice la reina Elly.

Casi al instante se me eriza la piel, la brisa toma fuerza y una energía cálida se abre camino dentro de mi pecho. Como en los túneles de Venecia, siento puntadas en la cabeza debido al placer y asimismo a una pizca de miedo. Percibo el poder de mis ancestros.

Cierro los ojos con la idea de inspirar profundo. Los abro, los vuelvo a cerrar, es que me pareció distinguir que los árboles... No, no los árboles, tal vez ciertos arbustos, caminan hacia nosotras.

—Bienvenidas —saluda una suave voz.

Al fijar la vista al otro lado del altar, un horizonte danzante compuesto por distintos verdes (algunos claros, otros oscuros) on-

dea en armonía. Decenas de figuras cubiertas con capas verdes se revelan, aunque no logro verle las caras a causa de las capuchas que las ocultan y ensombrecen.

La masa verde se abre en dos y crea un túnel por el que una mujer camina por el centro.

—Hermana —la llama la reina Elly para mi gran desconcierto.

—Soy Isabel, la guardiana —la mujer hecha la capucha hacia atrás con ambas manos—. Tu hermana se encuentra en uno de sus retiros espirituales. Como de costumbre, más allá de las montañas. No pudimos ponerle sobre aviso. La verás en unos días, si decides acompañarnos.

—Lamento tanto, no conseguiré esperarla —confiesa la reina Elly muy afectada. Quizás por la desilusión de no poder ver a su hermana que por lo visto es la hechicera jefa. Enseguida añade—: Isabel, sé que tú y unas pocas la conocen: esta es Alessandra, la guardiana del tapiz mágico. Las que las recibe y acoge desde la entrada opuesta —anuncia a las demás.

Muchas hacen una profunda reverencia. La señora Alessandra corresponde al saludo.

—Esta es Sofía —con esas pocas palabras quedo presentada ante las áltiers.

Me asombra el cuchicheo que crece y crece entre las mujeres sin rostro. Algunas me apuntan; otras de manera inconsciente dan un paso en mi dirección.

—Suficiente —dice Isabel, la mujer de estatura mediana, cabello marrón atrapado en una trenza y ojos violetas.

Y como por arte de magia, en perfecta sincronía, todas y al mismo tiempo, guardan silencio. Y eso que el tono de Isabel fue casi un murmullo, pienso.

—Hola —saludo y me siento tonta.

Pierdo el equilibrio al volver de mi torpe reverencia y saco el pie del círculo de agua. Solo ahí caigo en la cuenta de que ni la reina Elly ni la señora Alessandra se encuentran sobre el agua. Están más bien a varios metros de los charcos.

«Bienvenidas», fue la palabra de liberación, me digo.

—Pensé que no tendrían problemas en que Alessandra acompañara a Sofía hasta que yo regrese. Por eso hemos llegado a un acuerdo y ella, de muy buena voluntad, ha dejado sus propios asuntos para ayudarnos —confiesa la reina Elly.

Miro con la mandíbula un tanto colgante a la señora Alessandra. Quiero decirle que su gesto me conmueve. Ella me sonrío y sé que ha leído mi pensamiento.

—Por supuesto que será acogida por nosotras el tiempo que crean conveniente —afirma Isabel y girándose en mi dirección exclama—: Sofía, estamos hondamente agradecidas con la Energía Universal por tenerte entre nosotras. Pensábamos que conocíamos y sabíamos el paradero de todas las áltiers, pero la vida siempre nos sorprende. Esta vez con una más que grata noticia. No quisiera abrumarte con tantas explicaciones, saludos y ceremonias. Basta decir que este es tu hogar, lo ha sido siempre; hayas o no vivido aquí, supieras o no de su existencia.

¿Sospechar yo, de este mundo dentro de un tapiz colgado en los túneles subterráneos de Venecia? ¿Sospechar yo, de este mundo de piedras preciosas? ¿Sospechar yo, sobre un aquelarre antiquísimo y poderosísimo de brujas de las que soy parte? ¡Claro! ¡Por supuesto! Es tan obvio. Me burlo por dentro.

—Solo precisamos cumplir con un pequeño protocolo antes de proseguir al pueblo: la madre Tierra quiere conocerte —declara Isabel con un fulgor en los ojos que contagia a los presentes. Excepto a mí.

¿La madre Tierra, conocerme? Pero, pero ¿cómo lo hará? ¡Dios! ¡Espero que no me tengan que enterrar o algo así!

—Sofía, acércate al altar —pide la reina Elly.

Asiento y cautelosa camino sobre el césped algo crecido que bajo mis pisadas desprende lucecitas esmeraldas.

Alguien comienza a cantar. La voz es celestial, aguda, cargada de sentimientos hermosos:

«Somos semillas que contienen la bondad

Germinamos bajo el sol que besa con labios tibios nuestra insinuación primera

Es el agua que gota a gota colma de amor nuestros sueños, alcanzar el arcoíris que quieras

Creecemos como lo que somos: una individualidad enmarañada con otras individualidades que juntas forman el bosque...

Sombras y luces, vida joven y vieja, conocimientos nuevos y antiguos se forman en el bosque...

Extiende tu mano que la madre Tierra quiere conocerte, con ella te casarás y a sus hijos despertarás...

En el bosque...»

Durante toda la canción permanezco de pie frente al altar que sigue despidiendo las pequeñas, olorosas y hermosas mariposas; ahora veo que el humo sale de un hornito dorado colocado en el centro de las flores.

En el altar algo más ocurre. El cofre rectangular que no mostraba abertura alguna, poco a poco, revela la división entre la tapa y el cuerpo de la rústica caja. Y un extraordinario detalle más: las figuras de hierro que la envuelven bailan al son de la dulce melodía. ¡Asombroso! Dan vueltas sobre ellas mismas, bailan en pareja, derraman pétalos.

El corazón me explota en el pecho, mi pulso se acelera ante la magia del lugar.

Con un solo sonido la caja se destranca. Varias ramitas tiernas y verdes se escapan del cofre como si fueran finos gusanos. Algunas se derraman por sus bordes, otras se elevan para sostener la tapa en lo alto, unas más se extienden hacia mí y se enredan en mi mano estirándola hacia la caja.

«Madre Tierra que guardas nuestras pisadas en tu amorosa memoria, muéstranos el camino que nos da gloria

Engalana nuestra alma, madre Tierra

A través de tus senderos bailando al son del trinar de los pájaros y aullar de las lobas, embúllenos de sabiduría divina, no nos dejes sin tus joyas...

En el bosque de esmeraldas, con las hadas aladas...»

Sigue cantando la muchacha mientras los verdes brotes giran mi mano, enfrentando mi palma con el cielo. Del medio de la caja de donde parece haber una única flor roja —una que nunca antes vi, con nada más que cuatro grandes y hermosos pétalos, que estoy segura dirige los retoños—, una rama marrón ya madura, aparece de debajo de la flor y se lía en mi dedo anular hasta encontrar la presión perfecta. Con un *crac* se rompe.

—Ahora eres parte de la comunidad. Eres hija reconocida de la madre Tierra. Ella te cuidará, te guiará, apartará el velo que cuelga sobre tus viciados ojos. El anillo que te ha regalado es un pedazo de Ella. Hoy está hecho de su corteza interior. Con el paso de los días, cambiará hasta transformarse en metal precioso. Cada anillo adquiere una forma única, personalizada —anuncia Isabel.

Elevo la mano y miro el anillo hecho de una corteza veteada de marrón y verde. La zona en la que se ha unido, me recuerda a dedos entrelazados. Lo giro, el círculo que se ha formado es perfecto. Busco con la mirada los dedos de las demás áltiers. Todas cuentan con un anillo, nada más que los de ellas son plateados o dorados, por lo visto el momento alquímico hace tiempo que sucedió.

—Cuánto le hubiera gustado a mi hermana realizar esta ceremonia para ti —se lamenta a uno de mis lados la reina Elly, que en Paraíso Escondido es solo Elly.

Le regalo una media sonrisa. Vuelvo a fijarme en el obsequio que me dio la madre Tierra y pienso que no he dado más que pocos pasos en este mundo, pero empiezo a comprender por qué son tan felices.

Las áltiers son seres dulces y a la vez vigorosos y de personalidades abundantes, que poseen un paraíso escondido que han ido

construyendo a lo largo del tiempo y en el que conviven con la fuerza más poderosa: el conocimiento de ellas mismas.

Una a una van desasiéndose de las capuchas para recibirme con grandes y sinceras sonrisas. Y con ojos violetas.

Una a una se aproximan con frases como: «Serás muy feliz aquí»; «No hay nada mejor que la familia»; «El sol siempre brilla en Paraíso Escondido»; «Eres querida y respetada»; «Descubrirás tus talentos únicos, los que te hacen Sofía».

Pero una señora se presenta:

—Soy Mizuki —me da un apretado abrazo—. Cuenta conmigo siempre, queridísima Sofía. Luzdanhy estará feliz de saber que tenemos una nueva integrante en la familia. No hay alguien aquí que recuerde a la última antes de ti. Luzdanhy estará feliz. La harás muy, muy dichosa.

—Gracias —le contesto confundida por sus palabras—. Disculpa, me alegra ser el motivo de tanta felicidad, nada más que no sé de quién me habla —reconozco apenada.

—Se refiere a la hechicera a cargo de Paraíso Escondido y a mi hermana —contesta primero la reina Elly—. Buenas tardes, Mizuki —saluda a la mujer que está a mi lado.

—Bellísima Elly, han pasado siglos y luces igual.

Ambas mujeres se estrechan con afecto; la reina Elly le susurra al oído a Mizuki que me mira y asiente, luego la reina Elly camina hacia mí, toma mis manos entre las suyas y repite con palabras cargadas de emoción:

—En verdad a Luzdanhy le costará perdonarse el no haber estado aquí para tu ceremonia —observa mi anillo, me abraza y vuelve a hablar—: Debo partir. Durs y el reino me esperan. Regresaré luego de ponerlo en orden —la reina ríe pícara.

—¡Reina Elly! —casi grito cuando gira para marcharse.

—Volveré con noticias de Guido, te lo prometo —dice al adivinar qué me aflige.

—Pero...

—No dudo de que está a salvo —me asegura y sonrío.

Suspiro.

Le devuelvo la sonrisa.

Ella besa una de mis mejillas.

La señora Alessandra se aproxima. Isabel se aproxima. Las demás áltiers se aproximan. Todas se toman de las manos. Alguien coge mi mano derecha, alguien la izquierda. Me doy cuenta de que hemos formado un círculo alrededor del altar y de que la reina Elly se encuentra dentro con el brazo extendido. En su antebrazo, cerca de la muñeca, el símbolo del infinito se ha hecho visible, el rojo escarlata lo recorre y gotas gruesas de sangre resbalan hacia el horno dorado y el humo, las mariposas, se tornan doradas como el horno.

Nos soltamos. Las áltiers meten la mano dentro de la capa y al retirarlas lo hacen sosteniendo sus infinitos. Una vez más veo cómo con la mano izquierda toman las plumas y con la derecha el pentáculo. Yo también lo hago.

—Desde la luz eterna de la energía pasamos a la oscuridad que todo lo sabe, que todo lo contiene y que nos regala la transcendencia guiada: ¡Translation et Kammentunnellys! —grita la reina Elly.

Gritan las demás áltiers una y otra vez:

—¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys!

Esta vez no hay luces blancas que se elevan y forman algún símbolo. Esta vez la sombra de la reina Elly se desdobra.

—¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys!

Ella la enfrenta, posiciona las manos paradas frente a sus hombros. La sombra imita el movimiento, los dos pares de manos se juntan.

—¡Translation et Kammentunnellys! ¡Translation et Kammentunnellys!

La sombra succiona a la reina Elly, luego se convierte en una mancha oscura que gira en forma de espiral; se dirige a uno de los charcos y la observo desaparecer.

Las áltiers bajan los infinitos y se los colocan alrededor del cuello, con las plumas y el pentáculo unidos de forma decorativa, como elegantes collares.

Luego, todas juntas dicen:

—Gracias, madre Tierra —mientras apoyan la palma derecha en el pecho.

Yo no puedo hacer otra cosa que no sea mirar el espacio vacío donde estuviera hace instantes la reina Elly.

Sí, todo es hermoso, único, pero demasiado sorprendente para poder asimilarlo en una sola tarde. Me quedo allí, con la boca abierta y los brazos extendidos y tensos a mis costados.

—Te haces daño —exclama alguien muy cerca de mí—. Permite que te ayude —ella sostiene la mano que aprisiona mi infinito.

Solo ahí descubro que lo he apretado con tanta fuerza que sus bordes filosos se clavaron en mi carne e hicieron aparecer pequeñas y brillantes gotitas de sangre.

—Mi nombre es Niara —se presenta al tiempo que pone el collar de cuentas en mi cuello.

—Bello nombre —le digo.

—Significa: aquella que tiene grandes propósitos —me informa con una sonrisa de oreja a oreja y su piel oscura brilla bajo sus ojos.

—Sofía, síguenos —dice Isabel a la cabeza del grupo de áltiers que está casi adentrándose en el bosque.

Obedezco.

Embelesada con el movimiento de las capas verdes, me dirijo hacia ellas.

—El tuyo significa sabiduría. ¿Lo sabías? —me susurra Niara que camina a mi lado.

Digo que sí.

Miento.

¿En qué mundo estuve viviendo todos estos años?

¡Siquiera sé qué significa mi nombre!

Pongo mi mano en el corazón.

—Sabiduría... —murmuro bajito.

Me gusta.